



XV Conferencia La Oración mental

El amor y la práctica de la oración es lo que siempre han recomendado todos los maestros de la vida espiritual, comenzando por los padres de la Iglesia, no solo como muy importante, sino como capital indispensable.

Ellos no escatiman elogios cuando se trata de la oración, entendiendo que es un remedio universal de eficacia soberana contra las diversas enfermedades de nuestra alma, es un escudo que nos defiende de los ataques feroces del enemigo.

La oración es un tesoro insuperable, un refugio asegurado, un puerto tranquilo, ella es la raíz que hace que nuestra vida sea fecunda en frutos de santidad, la escalera por la cual se sube a Dios.

Quiere usted saber sobre la piedad dice San Bernardo, él responde:

- Es la constancia en la oración.

Los santos fundadores de Órdenes Religiosas no han puesto jamás en duda, que la caridad, la paz, las observancias regulares, todas las virtudes que glorifican a Dios y santifican las almas, florecen en una

Congregación por largo tiempo cuando poseen el espíritu de oración que da vigor.

La oración es para el alma religiosa lo que el agua es para el pez, dice san Juan Crisóstomo. Fuera del agua el pez languidece y muere. ¿En qué se convierte una religiosa que ha perdido el amor a la oración?.

El mismo santo dijo también: Si yo veo a alguien descuidar la meditación y se queda allí cobardemente sin avanzar, se expone a la tibieza; juzgo pronto que le falta buscar y vivir las virtudes sólidas. Si al contrario, le encuentro lleno de fervor para este ejercicio, deseando vivamente hacerlo bien, estoy segura que Dios tiene para él gracias reservadas y que tarde o temprano, será lleno de los dones celestiales.

Uno puede reducir a cinco los frutos de una buena oración: Luz para el espíritu, pureza para el corazón, desprecio del mundo, muerte de sí misma y amor perfecto.

Dios es la luz increada y nos aproxima a Él, a su iluminación por la oración o coloquio sincero con Él; uno puede atreverse a decir, que la oración es un cara a cara con Dios.

Oh hombre, que tienes grandes ambiciones de buscar la amistad de los poderosos de la tierra, cuando tú puedes pretender la del Rey de reyes.

Cuando Él te busca a ti, busca unirse a la más dulce intimidad o a la mejor ganancia, tan gloriosa y ventajosa para nosotras... ¿No, nos da este conocimiento práctico de Dios y de nosotras mismas, el fundamento de toda santidad?.

Cuando tomamos nuestras acciones al detalle y nos aproximamos al infinito que es Jesús luz del Padre, nos asemejamos al hombre-Dios, nuestro modelo; descubrimos fácilmente lo que debemos ser, lo que nos falta; cómo hace falta que Él nos hable y que nos convierta.

La oración purifica el corazón, separa el alma de todas las afecciones viciosas, especialmente a quienes son presa fácil de apegarse con exceso a las cosas terrenas.

La meditación nos fortalece y nos mantiene en esta elevación de sentimientos que nos coloca por encima de las frivolidades y de las pasiones. Nos hace tomar conciencia de la gracia haciéndonos más sensibles a las pequeñas infidelidades, que no parecen faltas graves para muchas almas disipadas que no reflexionan.

De la eminente pureza del corazón, segundo fruto de la oración, uno supone un tercero que no falta nunca de darse: el desprecio del mundo, o más bien

un soberano desprecio de sus promesas y de sus amenazas.

La luz como la llama sagrada nos muestra las cosas tal como son, y nos toca juzgarlas bien y vivirlas.

Así sea.